

Alcance 25 de Agosto de 1882.

INGLATERRA TRIUNFANTE.

El honor mas alto que hoy se puede alcanzar en Europa, es ser hijo de ese imperio británico que parece el único pueblo vigoroso que entre nosotros queda. Bien satisfecho debe estar el orgullo nacional de los ingleses.

Si cupiera someter los graves negocios internacionales á las leyes de la estética y del arte, diríamos que no hay nada tan hermoso ni tan grande como la conducta de Inglaterra; y reprobando el fin de política, admiraríamos con secreta envidia la magnífica ejecución de esta obra suya, la mas atrevida que ofrezca la historia de nuestro siglo.

No se arguya que el pueblo inglés abusa de la fuerza contra un enemigo débil, porque sería argüir con vulgaridades. La lucha de Inglaterra contra Egipto es aquí lo de menos: donde aquel imperio se muestra en toda la plenitud de su vigor y de su entereza, es en la actitud que guarda respecto de Europa: su desden á esos pueblos continentales que manejando millones de soldados se creen árbitros del mundo, tiene algo de épico, y justo es añadir que mucho de merecido.

Ahi está Inglaterra: sola desde el primer día; sin preocuparse de la desercion de Francia ni de que Italia se niegue á acompañarla; teniendo frente á sí los egipcios, los turcos, en lucha diplomática con los tres imperios del Centro y el Norte: en desacuerdo con todas las naciones para quienes la cuestion de Egipto puede ofrecer algun interés, arroja ofensa tras ofensa á la faz de Europa, interrumpe á cañonazos los debates de la conferencia de Therapia, bombardea la plaza de Alejandria, huella los derechos del sultan, rompe sus pactos con la Puerta, se apodera por sorpresa de Suez, y últimamente: mientras la diplomacia estudia los medios de proteger el canal y de asegurar la navegacion, cierra el canal á los buques mercantes, mete allí sus transportes de guerra, ocupa Ismailia, Kantara, Port-Said y se instala en las riberas con soberano desprecio de los pabellones extranjeros, á la vista de tres ó cuatro almirantes y de treinta ó cuarenta navas, que habian ido allí para cubrir con el sagrado de la

neutralidad aquel territorio que ni los mismos revolucionarios de Egipto se atrevieron á tocar.

Vano es que los pueblos europeos disimulen su vergüenza desatándose en recriminaciones é improperios contra la conducta de Inglaterra, cuando si hay aquí alguien que proceda lógicamente, si quiera sea digno de universal protesta el objeto que persigue, es el gobierno de ese país que para mas seguridad de sus intereses, y para mayor desembarazo en las operaciones de una campaña que nadie le ha impedido acometer, va apoderándose de todo lo que le abandona la debilidad de Europa.

Si Inglaterra es culpable, cosa que ninguna duda ofrece á nuestros ojos, mas culpables son todavía las grandes potencia continentales, que habiéndose constituido en protectoras de los derechos de la Puerta, y comprometidos á garantizar la neutralidad del canal de Suez, dejan un día al almirante Seymour, otro dia al general Wolseley, pisotear así los tratados internacionales, los intereses del comercio y las leyes del derecho público.

Bastaria romper las ligaduras que atan al sultan para que todas esas glorias y triunfos de la política inglesa cayesen á los piés del último bajá turco. Cincuenta mil soldados otomanos en Egipto, y antes de dos meses el vencedor de los achantis estaría navegando de vuelta para las islas, con los restos de una expedicion mas desgraciada que la de los franceses en Méjico y la de los mismos ingleses al Transvaal.

Que la influencia cortesana de una hija de la reina Victoria no estorbaba al príncipe de Bismark, y toda la audacia de Mr. Gladstone, el ardiente impugnador de las aventuras orientales de lord Beaconsfield, hoy emuladas y aun superadas por los liberales de Londres, se desvanecería al primer soplo de aire procedente de Vartzin.

Que nadie aplacara los enojos del emperador Alejandro III, ya mas de una vez avergonzado por sí y por su imperio del papel que se le obliga á representar, y Europa quedaria vengada en tres semanas. ¿Quién sabe si no ha pasado por la mente del czar la idea de que hasta para el estado interior de Rusia, hasta contra la amenazas del nihilismo quizás sería hoy un remedio la guerra con los ingleses?

Popularísima en todo el mundo eslavo; de poco peligro para la seguridad del Estado, porque los poderosos medios marítimos de Inglaterra se estrellarian en aquellas costas, la mayor parte del tiempo inabordable, y el litoral del Mar Negro lo guardaria la ayuda de los turcos; brindada por la ocasion, única de aquí á mucho tiempo en que sería posible luchar sin desventaja, una guerra entre Rusia y la Gran-Bretaña redundaria hoy por fuerza en perjuicio de la última, con solo que se dejara el campo libre á los que el príncipe de Bismark llamaba hace pocos años el alefante y la ballena. La ballena ha saltado á tierra. «Ahora ó nunca,» puede decir mañana el elefante.

Pero cuando el czar se enoja, hay siempre un génio protector de los ingleses dispuesto á calmarle, como el dia en que ordenó á su representante que abandonase la conferencia de Constantinopla. Cuando el príncipe de Bismark se irrita ante las osadías de Mr. Gladstone, está allí la futura emperatriz de Alemania, hija de la reina Victoria, para luchar en la córte contra las inspiraciones de Vartzin. Cuando el sultan se siente herido en su dignidad y en su poder, la debilidad de Europa, el miedo de los diplomáticos europeos, que por evitar una sola guerra son capaces de provocar toda una serie de guerras, le obliga á doblegarse ante lord Dufferin, ó á regatear con él las condiciones de la humillacion impuesta á Turquía.

Y así por unas ú otras causas ha podido Inglaterra hacer su voluntad, y así bombardeó á Alejandria, y así ocupa hoy el canal de Suez, último ultraje que Europa ha debido sentir en el rostro, pero del que todo nos hace creer que no se tomará mas satisfaccion que alguna protesta puramente platónica, á la que, segun el acuerdo de nuestro Consejo de ministros, es probable que veamos unida la firma de España si llega el caso de protestar.

Sobre las grandes potencias continentales, repetimos para concluir, debe caer, antes que sobre la misma Inglaterra, toda la culpa, toda la responsabilidad. Por nuestra parte, ni debemos, ni podemos, ni tenemos que hacer mas que lo acordado: que los comandantes de nuestros buques sigan la conducta de los demás jefes de escuadra y se adhieran á sus reclamaciones. Es lo único que nos toca, aparte de nuestro derecho á lamentar que los que pudieron en tiempo oportuno poner freno á la codicia inglesa la hayan dejado señorearse de las riberas del canal.

Vana es la controversia política que sostiene «El Graduador» con «La Union Democrática» por cuanto el partido del Sr. Zorrilla, es y permitasenos el similitud, un aerolito incandescente que recorre el cielo de la política sin saber en donde en su vertiginosa marcha ha de encontrar reposo, asiento y punto de gravitacion en el espacio.

El manifiesto del 1.º de Abril fué el punto de partida. El punto de llegada, Dios sabe donde será, habiendo tantos focos imantados que le atraen continuamente. Quisieramos que, con ingeniosidad, nos dijera «La Union» los milagros políticos que ha de hacer el Sr. Zorrilla, habiendo fracasado cuantas coaliciones, conciertos é inteligencias han pretendido establecer con este, algunos valiosos elementos de la democracia que hoy sirven á las órdenes del señor Moret, de Martos ó del duque de la Torre.

El partido republicano, nebuloso semejase á la Ferrolana que ha servido mucho tiempo de escuela de guardias marinas. Jamás podremos olvidar la pléyade de oradores que concurrieron al banquete dado por el partido republicano en nuestro teatro principal. Aquella juventud lucida, inteligente y laboriosa, se ha diseminado y esparcido por todas las escuelas ¿qué habia de esperar al lado del Sr. Zorrilla? la anemia y la muerte. Los que continúan en el mismo sitio son los que no han podido abrirse paso, y librenos Dios de tachar de inconsecuentes y veleidados á los que han abandonado á un político sin iniciativa y sin talento para buscar soluciones que satisfagan á la democracia, que es á lo que tienden los trabajos de los partidos liberales. Zorrilla en donde está, está bien. Estamos seguros que en el retraimiento no ha de gastarse.

Las espirales de humo del incienso, envuelven al idolo que nos infunde respeto. Si nos lo dieran á tocar con la mano ¿cuántas ilusiones se desvanecerian!

Llamamos la atención de nuestro gobernador civil de la provincia sobre el siguiente suelto que publica nuestro apreciable colega «El Serpis» en su número de anteayer. Dice así:

«Volviendo sobre el asunto de los dé-

bitos que la Diputacion provincial tiene en esta ciudad con los abastecedores del Hospital (pues ahora resulta de nuestros informes que son todos ó casi todos los abastecedores los que se hallan ya hace algunos meses sin cobrar) podemos contestar al Graduador, competentemente autorizados para ello, que lo que se le adeuda al abastecedor de pan D. José Seguí, son 7.296 pesetas y 16 céntimos en esta forma: por suministros en 1880 á 1881, 2.390 pesetas y 40 céntimos; id. id. en 1881 á 82, 4.905'75 pesetas, sin que sea verdad que se le haya hecho por nadie promesa de ninguna clase, ni haya tenido que efectuar dicho señor operacion alguna ruinosa con motivo de tal débito. Así mismo se nos ruega hagamos observar, que el cargo de abastecedor es muy codiciado, y no serán tantos los perjuicios que se irroguen por una demora en el cobro, de anatemano sabida, cuando tanto se desea el privilegio.

Nosotros por nuestra parte, sin juzgar nada en este asunto, debemos consignar lo que antes hemos ligeramente indicado, es á saber: que el Hospital tiene un descubierto de ocho nueve y aun más meses con la mayoría de sus abastecedores, y no decimos con todos porque solo tenemos noticias parciales. Así mismo nos consta que se abriga el propósito de satisfacer en un término breve todos estos descubiertos.

La verdad sobre todo. Lo que de intento hemos subrayado se presta á los comentarios mas tristes y no tendria nada de particular que á los pobres enfermos del hospital de Alcoy se les suministrase el mismo pan negro y el azúcar betun que hemos denunciado con tan sentidas protestas en los asilos benéficos de esta capital.

Nuestro apreciable colega «El Serpis» podria remitirnos de cualquier modo que fuese, muestras de los articulos que se suministran en aquel establecimiento para poder juzgar á vista de ellos y levantar el grito hasta el cielo en demanda de justicia contra la explotacion que pudiera hacerse en estos asilos de la misericordia y de la piedad.

Advertimos al jefe de los conservadores liberales de la capital que la política que viene haciendo «El Eco» de la provincia no es la más apropiada, ni la más adecuada para la defensa de los intereses de su partido. Algunos sueltos que viene publicando «El Eco» de algunos dias á esta parte se parecen mucho al hojaldre del pastel.

Siempre pecó de entrometido y oficioso el órgano de los conservadores cuando ha tenido que tocar, para la salvacion de alguna alma del purgatorio.

No decimos más porque al buen entendedor...

Se han echado á volar algunas candidaturas demócratas progresistas y conservadoras con extrañu maridaje, para la eleccion de diputados provinciales que han de celebrarse en Diciembre próximo.

—Aquí hay agua.
Felicia volvió en sí.
El doctor la pulsó.
—Debilidad, calor, malestar, inquietud, esto es lo que tiene.
Un ruido extraño como de oleaje impetuoso que se aproximara en proporcion alarmante, llegó hasta ellos.
Se abrió la puerta con estrépito.
—Señor, Señor, las furias del infierno se han de, sencadenado contra mí,—dijo el negro Aniceto entrando desencajado, horrible, con la mirada extrañada, loco, crispados los puños, anhelante la respiracion, descompuesto el cabello, roto el vestido, abrumado de desdicha, poseido de terror, muerto de espanto.
Felicia se levantó y se abrazó á su cuello.
Aniceto ni siquiera reparó en ella.
—Que os pasa? dijo el alcalde atónito.
—Estais en inminente peligro; me habian escogido para instrumento de una venganza, yo he rehoído porque mi corazon es noble. Don Ricardo Hoelvas se ha pegado un tiro y la gente me persigue creyéndome el asesino de ese miserable.
—Os creo, conozco los motivos de su desesperacion; tranquilizaos, yo os salvaré.
—Oh, gracias, gracias, hija de mi alma y que pruebas tan terribles tiene reservadas el Altísimo á sus pobres criaturas!
Y el negro y Felicia abrazados llenos de dolor transidos de pena, confundieron sus lágrimas, para

que juntas corrieran candentes y amargas por sus rostros atezados, manantiales purísimos que brotaban de aquellos corazones sin ventura, hucidos al carro de la fatalidad y de la desdicha, como si el cielo en sus inescrutables designios, eligiéndolos para probar en ellos todo lo acerbo de la pena, quisiera hacerse de una medida máxima para saber hasta donde puede llegar en el mundo los humanos dolores.

cientemente; iba andando de una manera tan torpe como si llevara una cadena á los piés; sin querer tropezó con un escaparate y lo rompió; lo pagó y no dijo una palabra; necesitaba el tiempo para hablarse consigo mismo; el hombre tiene conversaciones con su conciencia; él se dirigía á la cárcel y habia algo en el fondo de su alma, en su conciencia, que se reía de él, precisamente porque á la cárcel iba; aquella risa era fatídica, habia cierta especie de gozo envuelto en un soberano desprecio, y le exasperaba el que no pudiera sustraerse de aquel viaje, que era amenazador como el remordimiento.
Llegó á la cárcel con el objeto de libertar á Aniceto por órden del Juez y no se atrevía á entrar temeroso de que se cerrasen tras él, las puertas de aquel encierro.
Un centinela al verle indeciso le preguntó lo que quería.
Entregó el despacho y mientras que el alcalde lo complimentaba él oia, como un muerto pudiera oír sus respuestas, á los presos de la cárcel.
Cantaban lúgubramente, como si se oyeran de una sepultura.
Las paredes de aquel recinto eran transparentes para él.
Una procesion de sombras nublaban sus ojos.
Y á todo esto su conciencia no cesaba de reír, aquello era espantoso, horrible.
Hay barrenas que buscan lo insondable,

